

HOY ESCOGEMOS ROSTROS

ROGER ZELAZNY



Cosa Inc., antes conocida como la mafia, es ahora una compañía más dentro del mercado bursátil mundial, que busca ampliar su influencia al resto del universo habitado. Sin embargo, se encuentra con la despiadada oposición de una misteriosa organización rival. Para acabar con ella, Ángelo di Negri, un antiguo asesino a sueldo de la mafia, es devuelto a la vida por Paul Nero, uno de sus descendientes, quien le encargará la eliminación del jefe máximo de esa misteriosa corporación competidora.

A Philip K. Dick, pastor eléctrico.

PRIMERA PARTE

Cayendo... plácida, pero implacablemente. Tranquila, pero inexorablemente. Cayendo.

Un relámpago de luz, seguido de un infinito suspiro...

Avanzando, cayendo...

Una lenta avalancha de piezas de rompecabezas, algunas de ellas agrupándose a mi alrededor...

... y empecé a saber.

Era como si hubiese sabido siempre, sin embargo.

Luego, el cuadro se completó, y lo contemplé en su integridad, como desde una perspectiva atemporal. Había una secuencia, desde luego, como vértebras, o fichas de dominó, y no era en absoluto difícil desde aquí, aquí, ya no allí.

Aquí. Por ejemplo.

... Saliendo del club en una fría noche de sábado, en noviembre. Poco después de las diez y media, calculo. Eddie estaba conmigo, y esperábamos allí, tras las puertas de cristal de la entrada, abotonándonos los abrigos y mirando al exterior, hacia la húmeda Manhattan Street; ráfagas de viento arrastraban trozos de papel, mientras esperábamos a que Denny volviese con el coche. No decíamos nada. Él sabía que yo estaba aún de mal humor. Saqué un cigarrillo. Él se apresuró a darme fuego.

Por fin, apareció el sedán negro brillante. Acababa de ponerme un guante y sujetaba el otro. Eddie avanzó y abrió la puerta, la mantuvo abierta para que yo pasara. Yo salí y el aire frío me golpeó en los ojos, haciéndolos lagrimear.

Me paré a sacar el pañuelo para limpiarlos, pendiente sobre todo del viento, del ronroneo del motor y de unos bocinazos lejanos.

Cuando aparté el pañuelo me di cuenta inmediatamente de otra persona que había aparecido en el coche, en el asiento trasero, y en el mismo instante comprendí que la ventanilla trasera estaba bajada y que Eddie se había separado seis o siete pasos de mí.

Oí parte de los disparos, sentí el impacto de un par de proyectiles. Tardé un largo instante en darme cuenta de que me habían herido en cuatro sitios.

Mi único consuelo inmediatamente antes de que las luces se apagaran fue, retorciéndome mientras caía, ver desvanecerse la sonrisa en el rostro de Eddie, y cómo se agitaba su mano, pero no buscando su propia arma, y luego, cómo comenzaba a caer lentamente.

Y esto fue lo último que vi de él, su caída, un instante antes de que golpease el pavimento.

Aquí. Luego.

Oyendo hablar a Paul, contemplaba lo que podía haber sido un encantador paisaje de un luminoso lago de montaña alimentado por un riachuelo, con un gigantesco sauce junto a él que parecía tiritar por la frialdad del agua que tanteaba con las verdes y brillantes puntas de sus ramas. Era falso. Es decir, era real, pero la imagen la proyectaban de un punto situado a cientos de kilómetros de distancia. Era más agradable que mirar por la ventana desde su apartamento de una elevada planta, desde donde todo lo que podías ver era una sección —aunque de un sector limpio y atractivo— de aquel complejo urbano que se extendía desde Nueva York a Washington. La suite estaba insonorizada, aire acondicionada, y supongo que su decoración era magnífica, según el mejor gusto de la época. Yo no podía juzgar al respecto, pues no estaba aún familiarizado con la época. Eso sí, el coñac era excelente.

—Ha debido ser desconcertante —decía Paul—. Me asombra lo rápido que te has adaptado.

Me volví y le miré de nuevo. Era un hombre delgado, joven aún, de pelo oscuro, con una simpática sonrisa y unos ojos que no decían realmente nada de lo que sucedía tras ellos. Era algo que aún seguía fascinándome, aquel descendiente son seis o siete generaciones por medio. Seguía buscando parecidos y semejanzas, y encontrándolos donde menos lo esperaba. La curva de la frente, el labio superior fino, el inferior grueso. La nariz era suya, pero tenía nuestro modo de torcer la comisura izquierda de la boca cuando se enojaba o se burlaba.

Respondí con una sonrisa.

—No hay nada de sorprendente en ello —contesté—. El hecho mismo de que dispusiese todas esas previsiones indicaba ya que había pensado bastante en el futuro.

—Sí claro, me lo imagino —dijo—. Pero, si he de decirte la verdad, yo sólo pensaba que pretendías buscar una salida a la muerte.

—Por supuesto, eso era. Yo tenía conciencia de la posibilidad de conseguirlo así, y como la hibernación era una cosa bastante novedosa en los años setenta...

—Novecientos setenta —interrumpió él, con otra sonrisa.

—Sí, lo digo como si se tratase de un par de años atrás, ¿verdad? Pero prueba a ponerte en mi lugar y estoy seguro de que entenderás lo que yo siento. En fin, qué demonios, imaginé que si moría de un balazo, lo que resultase dañado podría reemplazarse... algún día. ¿Por qué no permitir que me congelasen y esperar que las cosas salieran bien? Había leído algunos artículos sobre el tema y me parecía que podía resultar. Así que lo hice. En fin... Se convirtió en una especie de obsesión para mí. Llegué a pensar en ello de modo parecido a como puede pensar un individuo verdaderamente religioso en el cielo. Como si dijese «cuando muera, iré al... futuro». Luego, cada vez me preguntaba más a mí

mismo cómo sería. Pensé mucho en el asunto y también leí mucho, intentando imaginar las distintas posibilidades. Era una afición muy interesante —dije, tomando otro sorbo de coñac—. Lo pasé muy bien con ella, y tal como resultaron las cosas fue rentable.

—Sí —dijo él—. ¿Así que no te sorprendió realmente enterarte de que se había hallado un medio de viajar a una velocidad superior a la de la luz, y que hemos visitado mundos que se hallan fuera del sistema solar?

—Sí, claro, me sorprendió. Pero ya lo esperaba.

—¿Y los recientes éxitos en el teletransporte a escala interestelar?

—Eso me sorprendió más. Agradablemente, claro. El mantener ligados todos los puestos exteriores de ese modo significaría un gran adelanto.

—Permíteme entonces que te pregunte qué es lo que más te ha sorprendido.

—Bueno —dije, sentándome y tomando otro sorbo—. Aparte del hecho de que se haya avanzado tanto y aún no se haya encontrado un medio de eliminar la posibilidad de la guerra... —levanté una mano cuando vi que iba a empezar a interrumpirme para hablar de controles y sanciones; se calló. Me alegré de ver que respetaba a sus mayores—. Aparte de eso —continué—, supongo que lo que más me ha sorprendido ha sido ver que habíamos conseguido una situación de legitimidad, más o menos.

Sonrió.

—¿Por qué dices «más o menos»?

Me encogí de hombros.

—Estamos en una situación tan legal como cualquiera —prosiguió—. Si no, nunca habríamos podido conseguir que nos incluyesen en el Mercado Mundial de Valores.

No dije nada, pero sonreí.

—Por supuesto, es una organización muy bien dirigida.

—Me desilusionaría si no lo fuese.

—Claro, claro —dijo él—. Pero así es. COSA Inc. Todo legal, correcto y respetable. Y es así desde hace generaciones. La tendencia en esa dirección se inició en realidad en tu época con, como les gustaba decir a los escritores sensacionalistas, el «lavado» de fondos y su reinversión en empresas más aceptables. ¿Por qué combatir al sistema cuando se es lo bastante fuerte para ser grande dentro de él sin luchar? ¿Qué importan unos cuantos dólares cuando puedes hacer todo lo que quieres con seguridad? Sin riesgos. Simplemente ajustándote a las reglas.

—¿A todas ellas?

—Bueno, hay tantas que en realidad las cosas se han simplificado, pues puedes permitirte pagar a los técnicos necesarios.

Terminó su copa y nos servimos otra.

—No hay ningún estigma —concluyó—. La imagen que teníamos en tu época es ya historia antigua.

Se inclinó hacia mí con aire conspiratorio.

—Pero debió ser emocionante de veras vivir aquella época —dijo, y luego me miró expectante.

Yo no sabía si sentirme irritado o halagado. Por la forma en que venían tratándome desde mi reanimación, hacía un par de semanas, evidentemente compartía una especie de nicho histórico con el orinal y el brontosaurio. Por otra parte, Paul parecía muy orgulloso de mí, como si fuese una especie de legado familiar cuya custodia le estaba encomendada. Por entonces, yo estaba convencido ya de que su posición dentro de la estructura de poder de la organización era a la vez segura y poderosa. Había insistido en que yo fuese su huésped, aunque podría haberme llevado a cualquier otro sitio. Parecía encantado de que le hablase de mi vida y de mi tiempo. Supe poco a poco que sus conocimientos de estos temas se basaban sobre todo en novelas y escritos sensacionalistas, películas y rumores de la época. Pero yo estaba comiendo a su costa, durmiendo ba-

jo su techo, éramos parientes y me sentía obligado a pagarle contándole algunos recuerdos.

Quizás le desilusionase un poco que yo hubiese pasado un par de años en la universidad antes de hacerme cargo de los negocios de mi padre cuando sorprendió a éste una muerte súbita y prematura; pero el que yo pasase muchos de mis primeros años en Sicilia sin duda compensaba lo primero. Luego, creo que le desilusioné otra vez al explicarle que, que yo supiera, nunca hubo una conspiración criminal de ámbito mundial centrada allí. Para mí la *onorata società* era algo local, centrado en la familia y en absoluto perjudicial, que había producido en su época *galantuomi* tan notables como don Vito Cascio Ferro y don Caló Vizzini. Intenté explicar que era necesario establecer una distinción entre la *società degli amici*, con sus propios intereses locales, y los individuos que emigraron, que podían o no haber sido *amici*, y que se embarcaron en actividades ilícitas y prefirieron hacer negocios entre sí, en vez de hacerlos con extraños, y mantuvieron una tradición familiar. Paul, sin embargo, era tan víctima de la mística de la conspiración como cualquier devorador de periódicos sensacionalistas, y se quedó convencido de que yo aún ocultaba alguna tradición secreta. Gradualmente llegué a darme cuenta de que mi nieto era algo romántico, de que deseaba que las cosas hubiesen sido del otro modo, de que quería ser parte de la tradición irreal. Así que le expliqué algunas de las cosas que sabía iba a disfrutar oyendo.

Le hablé de cómo había resuelto yo el asunto de la muerte de mi padre, y de otros hechos con que honré mi nombre, Angelo di Negri. Lo cierto es que la familia había decidido no sé exactamente cuándo cambiar este nombre por el de Nero. No es que me importase gran cosa. Yo era el que era. Y Paul Nero sonrió y asintió sin perder detalle. Tenía una infinita capacidad para la violencia vicaria.

Todo lo cual quizás pueda parecer un tanto despectivo, pero no lo es, en realidad. Porque llegué a tomarle un con-

siderable afecto con el tiempo. Quizás se debiese esto a que me recordaba un poco a mí, en otra época y en otro lugar; una versión más suave, tranquila y educada. Quizás fuese como el que yo podría haber sido, o deseado poder haberme permitido el lujo de intentar ser.

Pero yo me aproximaba ya a los cuarenta. Mi carácter se había endurecido hacía mucho. Aunque las circunstancias que me habían formado quedaban ya muy lejos, mis placeres en una sociedad que a mí me resultaba casi carente de presiones se veían debilitados por sensaciones que al principio me producían una vaga inquietud y que progresivamente fueron creándome una notoria insatisfacción. La vida no es algo tan totalmente condicionado por las crisis como pretenden hacernos creer los novelistas. Si bien es cierto que a veces nos recuperamos de las conmociones con una sensación nueva de la frescura de la realidad y de la maravilla de la existencia, este estado mental se desvanece, y con bastante rapidez, dejándonos, a nosotros y a la realidad, de nuevo como antes. La conciencia de este hecho me asaltó cuando estaba sentado allí rodeando de un halo romántico las asperezas del pasado en beneficio de mi descendiente, y fue creciendo y agudizándose durante las semanas siguientes. Yo no había cambiado gran cosa, aunque todo lo demás hubiese cambiado. No era exactamente la sensación de ser algo superfluo, aunque algo de esto había, y podía ser nostalgia, pues mis recuerdos eran lo bastante recientes y sustanciales como para impedir cualquier deformación de lo que, para Paul, era el lejano pasado. Quizás fuese una progresiva sensibilización respecto al hecho de que la gente parecía un poco más suave, más pacífica, lo que despertaba en mí cierto sentimiento de inferioridad, como si me hubiese perdido algún paso intermedio necesario en el proceso de civilización. No era yo hombre dado ordinariamente a tales introspecciones, pero cuando los sentimientos se hacen lo bastante firmes y persistentes nos obligan a que los analicemos y exploremos.

Aun así, ¿cómo se puede describir la propia vida mental a los demás? Y no digamos cuando se tiene una imagen distorsionada de sí mismo. Lo que quería decir era tan vario y múltiple... y además no era cosa que pudiese realmente comunicarse con palabras.

Paul, sin embargo, quizás lo había comprendido, me había comprendido, mejor de lo que yo creía. Pues me hizo dos sugerencias, una de las cuales seguí inmediatamente, mientras me pensaba la otra.

Allí. Por ejemplo.

Volví a Sicilia. Una cosa casi predecible, diría yo, en un hombre en mis circunstancias y mi estado mental. Aparte de las evidentes asociaciones de aquel lugar, que se remontaban a mi niñez, me habían dicho que era uno de los pocos sitios que quedaban en el mundo aún no asolados por el superdesarrollo. Era pues, para mí, un medio muy real de viajar hacia atrás en el tiempo.

No me quedé mucho tiempo en Palermo, sino que me dirigí casi inmediatamente hacia el interior. Alquilé una masía aislada que tenía un aire familiar, y me pasaba varias horas al día cabalgando en uno de los dos caballos que había en la finca. Por las mañanas bajaba hasta la costa rocosa y contemplaba el oleaje que avanzaba espumeante hacia mí mientras andaba por entre los guijarros húmedos, escuchando los graznidos de las aves que volaban arriba, respirando el acre viento del mar, y observando el juego de la luz y las sombras a través de un sombrío horizonte grisblanco. Por las tardes o al anochecer, si estaba de humor para ello, solía ir a cabalgar por los cerros, donde la rala hierba y los retorcidos árboles se agarraban desesperadamente a la seca capa de tierra y el húmedo aliento del Mediterráneo soplaba sofocante o fresco, según su humor, a mi alrededor. Si no contemplaba durante demasiado tiempo las diversas estrellas y descubría las artificiales, si no alzaba los ojos cuando relumbraba un vehículo de transporte en el cielo, si no utilizaba la unidad de comunicaciones más que

para oír música, y cabalgaba hasta el pueblecito más próximo sólo una vez a la semana para reponer los artículos perecederos, era casi como si el tiempo no hubiese pasado para mí. No era sólo como si no hubiese pasado el siglo intermedio, sino que toda mi edad adulta parecía retroceder y desvanecerse en el paisaje atemporal de mi juventud. Por tanto, lo que sucedió entonces no era totalmente inexplicable.

Se llamaba Julia, y la encontré por primera vez en un fondo rocoso que parecía frondoso en comparación con los cerros pelados por los que había estado cabalgando toda aquella tarde. Estaba sentada en el suelo, debajo de un árbol que parecía una fuente congelada de mermelada a la que se hubiese adherido pálido confetti; llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y sujeto con un prendedor de coral, y tenía un cuaderno sobre el regazo. Sus ojos se movían rápidos y su mano hacía movimientos precisos y firmes mientras dibujaba un pequeño rebaño de ovejas. Durante un rato, estuve allí observándola, pero luego una nube se movió y al aparecer el sol arrojó mi larga sombra sobre ella.

Entonces ella se volvió, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos. Desmonté, y até el caballo en la rama de un arbusto próximo, y bajé hasta donde estaba.

—Hola —dije, mientras me aproximaba.

Pasaron diez o quince segundos hasta que llegué junto a ella, y tardó todo eso en decidirse a hacerme un gesto de saludo y a sonreír levemente.

—Hola —me dijo.

—Me llamo Angelo. Paseaba por aquí y te vi. Vi este sitio. Supuse que podría ser agradable pararse y fumar un cigarrillo, y ver cómo dibujabas. ¿No te importa?

Dijo que no, con un gesto. Esbozó otra nueva semisonrisa y aceptó un cigarrillo.

—Yo soy Julia —dijo—. Trabajo aquí.

—¿Artista residente?

—Biotécnica. Esto es sólo una afición —dijo dando una palmada al cuaderno y dejando la mano sobre él para ocultar el dibujo.

—Vaya, ¿y con qué estás trabajando?

Indicó con un gesto el rebaño.

—Con ella —respondió.

—¿Cuál es ella?

—Todas.

—Vaya, no lo entiendo.

—Son clones —dijo—. Todas ellas han nacido del tejido de un solo donante.

—Muy ingenioso —dije—. Háblame de ello —y me senté en la hierba a ver pacer el rebaño.

Parecía muy contenta de tener posibilidad de cerrar el cuaderno sin dejarme ver su obra. Se lanzó a explicarme la historia de su rebaño, y sólo tuve que hacer unas cuantas preguntas esporádicas para enterarme también un poco de su vida.

Era oriunda de Catania, pero había ido a estudiar a Francia y trabajaba actualmente para un instituto suizo que estaba dedicado a un trabajo de investigación de genética animal y empleaba técnicas de clonaje para hacer pruebas prácticas de campo con ejemplares prometedores en diversos ambientes simultáneamente. Julia tenía veintiséis años y acaba de poner fin a un matrimonio en circunstancias bastante desagradables, y había pedido que la trasladasen al campo con un rebaño de experimentación. Llevaba en Sicilia poco más de dos meses. Me habló mucho de los clones, entusiasmándose con el tema al percibir mi evidente ignorancia, describiéndome con sobrados detalles los procesos mediante los cuales se había obtenido aquel rebaño de especímenes celulares de un híbrido en Suiza, reproduciéndolo en todos sus detalles. Me dijo incluso que existía un efecto de resonancia muy extraño y aún no comprendido del todo, que consistía en que todos ellos mostraban síntomas temporales de la misma enfermedad cuando uno de

ellos caía enfermo, incluyendo al animal original de Suiza y a los otros que había en las otras partes del mundo. No, que ella supiese, no se había intentado poner en práctica esta técnica con los seres humanos (había miles de obstáculos legales, científicos y religiosos), aunque había rumores respecto a experimentos en uno de los mundos exteriores. Aunque al parecer conocía su trabajo muy bien, al cabo de un rato me pareció que sus palabras se debían más al placer de tener a alguien con quien hablar que a un deseo real de informar. Y también teníamos esto en común ambos.

Pero no le expliqué mi propia historia aquel día. Escuché, estuvimos sentados un rato en silencio, observando a las ovejas, viendo cómo iban alargándose las sombras, hablando de nuevo, de forma inconexa, de cuestiones neutras y sin importancia. Mientras hablábamos, fue haciéndose manifiesto gradualmente en nuestra conversación, una especie de supuesto, el de que aquello era parte de una conversación continuada, que yo volvería, al día siguiente, o al otro, que nos veríamos otra vez, y otra. Y este supuesto no era falso.

Al poco tiempo, también ella se interesó en montar a caballo. Pronto andábamos cabalgando juntos todos los días, por la mañana o al oscurecer, o a ambas horas. Le conté de dónde venía y cómo, omitiendo sólo lo que había hecho allí y cómo había muerto exactamente. No me di cuenta de que estaba enamorándome hasta mucho después de hacernos amantes. No descubrí el hecho hasta el día en que me decidí con respecto a la segunda sugerencia de Paul y comprendí lo importante que Julia había llegado a ser para mí.

Me levanté, me acerqué a la ventana, separé la cortina y contemplé la noche. Aún brillaban, cereza y naranja, los ámbares en la rejilla. El frío exterior había traspasado las paredes y avanzaba ahora como un glaciar espiritual hasta nuestro rincón de la estancia.

—Tengo que irme enseguida —dije.

—¿Adónde vas?

—No debo decírtelo.

Silencio. Luego:

—¿Volverás?

No tenía respuesta, muy a mi pesar.

—¿Te gustaría que volviese?

Silencio otra vez. Luego:

—Sí.

—Lo intentaré —dije.

¿Por qué iba yo a aceptar el contrato de Styler?

Lo había deseado desde el momento en que Paul me describió la situación. Un enchufe a alto nivel en la compañía y un gran paquete de valiosas acciones no eran más que la parte superficial del asunto. No soñaba, ni mucho menos, que mi deshielo, mi tratamiento, mi recuperación, fuesen debidos a un anhelo desinteresado de mis descendientes de gozar de mi compañía. Las técnicas necesarias existía hacía varias décadas. No es desagradable sentirse necesario, sin embargo, sean cuales sean las razones. El placer que yo experimentaba al ver su interés por mí no se veía en modo alguno disminuido por saber que yo tenía algo que ellos deseaban. En realidad, resultaba aún más alentador. ¿Qué otro sentido tenía mi vida? Así era algo más que una simple curiosidad. Tenía un valor que iba más allá de las emociones del momento, y el comprenderlo podía devolverme cierto dominio, podía proporcionarme otro género de orgullo y de satisfacción. Había estado pensando en esto, o en algo parecido, antes, cuando me había acercado al pueblo más próximo, a un lugar donde altas terrazas de olivos se convertían en tierra yerma y seca y contemplado la luz y el movimiento. Poco después llegó a mi lado Julia.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Yo me preguntaba en aquel momento qué habría sucedido si hubiese despertado sin ningún recuerdo de mi exis-